



– Guillem
Salvador Beltrán –

**Psiquiatra y
Psicoterapeuta
psicoanalítico.
(Barcelona)**

El cielo más cerca

Cuando empecé a escribir esta breve reseña de reflexión sobre la infancia afectada de TEA y su entorno familiar me vino a la memoria el relato de una paciente. Era una mujer treintañera, nacida en un país de Sudamérica dentro de una familia con grandes carencias. El padre era un hombre enfermo mentalmente y con graves problemas con el alcohol. Le tenía prohibido a la niña que saliera fuera de casa y ella no le hacía caso porque le encantaba la luz. En ocasiones, jugaba con una amiguita a trepar a unos árboles cercanos; los árboles eran muy frágiles y tuvieron distintas caídas de las que aún conservaba cicatrices en su cuerpo. Le pregunté por qué le gustaba trepar y me contestó: “se veía el cielo más azul y más cerca y los pájaros más grandes”. He escogido este relato porque me parece la antítesis de algunas características de los niños con TEA. La paciente estaba fascinada por todo lo que fuera luz, explorar, hacer suya su vida y todo eso le era negado por unos padres-árboles tan frágiles que no sostenían ni favorecían a la niña en su deseo de acercarse al cielo y a la luz.

Parece que el bebé con TEA no nace con la predisposición a quedar fascinado por el “impacto estético de la vida” (D. Meltzer). Todo lo contrario, desde su gran fragilidad siente que toda esta tarea le puede dañar y, por tanto, tiene una enorme dificultad para hacer suya su vida. Estoy de acuerdo con la frase de M. Heidegger: “Somos expulsados a la existencia”; pero el bebé sano se siente acogido en su caída en el regazo materno y la alegría de los adultos que lo cuidan. El bebé con TEA parece poco interesado por este proceso humano de acogida y eso le impide generar suficiente apego y vínculos y descubrir la vida desde la mirada, la sonrisa y los cuidados de los padres. El entorno familiar del bebé con TEA no puede desarrollar la función de padres-árboles que acogen y amparan, a la vez que ayudan al niño a trepar al árbol y acercarse al cielo. La desilusión es enorme y pueden quedar atrapados en una forma de vivir extraña y frágil que pretende que nada cambie.

Algunos pensamientos psicoanalíticos de mediados del siglo XX fueron muy crueles con los padres de los niños autistas. Actualmente, tenemos que acercarnos al pensamiento comprensivo de D. Winnicott y al profundo respeto y discreción de M. Balint. Una tarea básica es ofrecer comprensión y recursos a los padres para que, aunque con lentitud, puedan sentirse vividos como sujetos de amor más que como objetos de control.

La tarea de los profesionales también es ardua. Repetir las experiencias vividas por los padres y sostener el no entender un mundo interno muy extraño. Ante esto, hay que creer profundamente en la dimensión relacional e intersubjetiva de una relación que parece carecer de ella. Quiero subrayar la importancia del intento en despertar la función de curiosidad del niño. La curiosidad (McDougall, 1906) es la forma de interesarse por lo extraño e irlo haciendo tuyo. Aunque todo el mundo insiste, y es cierto, que el deseo de conocer lo extraño es congénito, yo opino que se pone en marcha desde lo relacional. Si un niño se siente amparado y protegido en “lo familiar” (S. Buechler) buscará junto con las figuras de apego ir convirtiendo lo extraño en familiar; esto se consigue básicamente a través del juego compartido y permite ir introduciendo en la mente controladora del niño pequeñas dosis de curiosidad que darán acceso al inicio de las fantasías, núcleo del inicio de la simbolización y el pensamiento. Los progresos en esta tarea determinarán pronósticos distintos dentro del llamado espectro autista y nos permitirán diferenciar problemáticas más estructurales o más defensivas, ligadas a importantes dificultades biográficas en las tareas de apego y vínculo.

En este sentido, creo que debemos escapar de quedarnos simplemente con el concepto diagnóstico y no debemos renunciar a construir “hipótesis relacionales traumáticas”. Esto nos permitiría ir abriendo puertas de comprensión de los fenómenos intersubjetivos presentes en las relaciones. Recuerdo un paciente adulto con rasgos Asperger que, al pedirle que me hablara de sus padres, me dijo escuetamente que eran mayores que él. Tirando

del hilo de esta respuesta concreta llegó a decir que él era hijo único y que sus padres lo habían tratado muy bien, pero nunca habían jugado con él. En muchos casos, vemos que las presiones anti relacionales del niño con TEA bloquean, como es natural, la curiosidad y el interés por jugar.

Por último, querría mostrar mi agradecimiento a la Revista *eipea* por haber pensado en mí para publicar este pequeño escrito. También, mi apoyo y estímulo para todo el proyecto *eipea* y su interés por la comprensión profunda, individual y familiar de las problemáticas de los TEA. ●

